

ÍNDICE

<i>Preámbulo: Marcelino Pascua, una primera aproximación</i>	17
CAPÍTULO 1. UN JOVEN CASTELLANO VIEJO (1897-1924)	23
La familia Pascua	23
Una formación médica peculiar	25
Una primera militancia socialista, la Escuela Nueva y la fundación del PCE.....	29
La Residencia de Estudiantes.....	33
Juan Planelles, un amigo.....	39
CAPÍTULO 2. UNA VIDA MUY AJETREADA (1925-1930)	41
Beca del Comité Hispano-Inglés.....	41
La correspondencia con León Sánchez Cuesta	42
Formación en Londres y Baltimore.....	43
Los albores de la Bioestadística.....	47
La Escuela de Higiene y Salud Pública de la Universidad Johns Hopkins.....	48
La Fundación Rockefeller y España	50
La Organización de Higiene de la Sociedad de Naciones.....	53
La Sanidad española en el arranque del siglo xx.....	54
Desde la Jefatura de la Sección de Estadísticas Sanitarias	55
Docencia en la Escuela Nacional de Sanidad y la Universidad.....	58
Bolivia, 1930. Un hombre que se parecía a Beethoven	60
CAPÍTULO 3. LA SANIDAD EN LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936).....	67
Un nuevo director general de Sanidad	67
La renovación de la gestión sanitaria.....	69
Los colaboradores y el sindicalismo médico.....	76
La oposición al director general de Sanidad.....	78

Cena de homenaje en el Hotel Ritz.....	83
La Sanidad republicana después del mandato de Marcelino Pascua ..	85
De nuevo en la Jefatura de Estadísticas Sanitarias	88
La Sanidad española en 1936 según el doctor Pascua	90
Publicaciones de Marcelino Pascua hasta 1942	91
CAPÍTULO 4. UN POLÍTICO DE LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936).....	95
Diputado por Las Palmas.....	95
La Sanidad en la provincia de Las Palmas.....	99
Un político socialista.....	101
La revolución de Octubre de 1934.....	104
La vida en Madrid. María y el <i>Barbitas</i>	105
CAPÍTULO 5. PROLEGÓMENOS DE LA GUERRA CIVIL (1936).....	107
Las paranoias de Pepe Jerez	107
La relación epistolar con Julián Zugazagoitia	110
Los primeros meses de la guerra.....	111
Juan Negrín en 1936.....	112
CAPÍTULO 6. MOSCÚ, LA SOLEDAD (1936-1938).....	115
Nombramiento del embajador en Moscú	115
Moscú en loor de multitudes.....	117
El Oro de Moscú	122
La historia de un parto tormentoso.....	126
La vida en Moscú.....	127
Primera entrevista con Stalin.....	133
Primavera en la embajada	136
Diplomáticos de nuevo cuño.....	137
La tragedia de José Robles	140
Entre Moscú y Valencia	141
Conversaciones con don Manuel Azaña.....	144
El desaliento	146
Se acerca el regreso.....	151
Servicio de valija	152
Españoles en la URSS	153
Pascua, Negrín y los comunistas	155

CAPÍTULO 7. MOSCÚ DESPUÉS DE MARCELINO PASCUA (1938-1939).....	161
La soledad de Vicente Polo	161
Manuel Pedroso	163
Personal de la embajada en 1938	164
Penúltimo viaje de Marcelino Pascua a la Unión Soviética	165
No olvidar pequeño Beimler.....	167
De nuevo con los claveros	168
Últimos meses en Moscú.....	170
 CAPÍTULO 8. LA MIRADA DE VICENTE POLO (1936-1939).....	 177
 CAPÍTULO 9. VALLADOLID, UNA JUSTICIA AL REVÉS. LOS CANJES (1936-1940)..	 185
La sublevación.....	185
La odisea de la familia Pascua	187
Una inquietud que no cesa.....	191
El canje de Justino Azcárate por Raimundo Fernández Cuesta.....	200
Otras negociaciones de canje.....	202
El testimonio de Justino Azcárate.....	206
 CAPÍTULO 10. PARÍS ERA UNA OLLA DE GRILLOS (1938-1939).....	 209
La sustitución de Ángel Ossorio por Marcelino Pascua.....	209
Crisis de gobierno en Barcelona.....	213
El escenario francés en abril de 1938.....	215
Los primeros pasos de Marcelino Pascua en la Embajada de París ...	217
El eje Barcelona-París.....	220
Organismos españoles en París.....	224
Don Marcelino y los perros. La muerte del <i>Barbitas</i>	226
El verano de 1938	230
La Conferencia de Munich y sus consecuencias.....	233
Don Manuel Azaña, el Dr. Jeckyll y Mr. Hyde	236
La Sociedad Méndez-Zuga, C. R.....	238
Las murmuraciones que no cesan	240
Algunos personajes de la Embajada de París	244
Luis Buñuel, Paco Ordóñez y los servicios secretos	247

CAPÍTULO 11. LA DEBACLE DE 1939.....	251
Y de repente llegó 1939.....	251
Las locuras de febrero.....	255
Azaña en la Embajada de París.....	257
Los generales y Azaña.....	268
Últimos días en la embajada.....	269
La entrevista de Juan Negrín con Jacob Suritz, embajador soviético en París.....	271
Los Campos del Sur de Francia.....	273
Llamada a filas en la Embajada de París.....	275
CAPÍTULO 12. NEGOCIACIONES DE PAZ DURANTE LA GUERRA CIVIL.....	279
Tentativas de negociación desde el otoño de 1936.....	279
Una profecía de José Antonio Primo de Rivera.....	284
CAPÍTULO 13. EL BARULLO DEL EXILIO (1939-1940).....	287
La vida en un nuevo continente.....	287
El exilio de Vicente Polo.....	291
José Moreno Villa.....	294
De nuevo el caos.....	295
Todo el mundo quiere publicar un libro.....	296
La familia Negrín.....	298
CAPÍTULO 14. UNA LIBRETA DE TAPAS NEGRAS.....	301
Registro de gastos oficiales.....	301
«Ayudas de mi dinero personal».....	302
CAPÍTULO 15. PASIÓN Y MUERTE DE JULIÁN ZUGAZAGOITIA.....	305
Detención en París.....	305
Julián en España. El juicio.....	314
La Prisión de Porlier. El fusilamiento.....	315
Después de la tempestad no llegó la calma.....	320
Los de Marsella.....	321
Lamento de Luis Ignacio Rodríguez.....	324
Julia y sus hijos.....	325
Encuentro con José Rodríguez Vega.....	326

Los últimos días	392
A modo de epílogo.....	395
<i>Bibliografía</i>	399
<i>Índice de figuras</i>	423

CAPÍTULO 11 LA DEBACLE DE 1939

*Dans la guerre comme dans la paix, le dernier mot
est à ceux que ne se rendent jamais.*

Georges Clemenceau¹

Y de repente llegó 1939

Durante las semanas finales de la guerra civil, Marcelino Pascua, como embajador en París, desempeñó uno de los cargos más decisivos del Gobierno republicano. Le acuciaban numerosos problemas, como la situación de los campos de refugiados en el Sur de Francia y la presencia a su alrededor de las máximas autoridades republicanas, entre las que tuvo que mediar a causa de los conflictos institucionales que se crearon. También debía preocuparse por los bienes de la República trasladados fuera de España y preparar la emigración de muchos compatriotas hacia otros países de acogida. Para todas estas misiones contó como siempre con el respaldo de Juan Negrín.

Mientras tanto, las tropas rebeldes avanzaban rápidamente por Cataluña encontrando escasa resistencia. El 7 de enero Negrín reclamaba a Francia el envío urgente de armas, especialmente fusiles y ametralladoras. El agregado militar en Barcelona Morel era favorable, pero bloqueaban la iniciativa desde Londres. Al día siguiente, Pascua también se lo solicitó al secretario del Quai d'Orsay, Alexis Léger, que era partidario de ayudar a la República².

El 13 de enero informó al presidente del Gobierno de que había visitado a Reynaud, ministro de Finanzas, para darle las gracias por su apoyo y pedirle un crédito para importar 40.000 toneladas de harina, así como una petición de la Comisión Técnica de Compras para que dejaran pasar 50 vagones con armamento por la frontera terrestre, en lugar de utilizar el sistema marítimo habitual. El ministro admiraba a Negrín: «Quel homme. C'est un homme d'Etat». Pascua le confesó que continuaría al frente de la lucha mientras quedara una aldea libre en España³.

¹ (Tanto en la guerra como en la paz, la última palabra es de los que no se rinden nunca) AHN/Pascua: leg. 1, n.º 12.

² AFJN, Carpeta 66: 35, 36A y B. AFJN, 104 (Carpeta 2): n.º 9. BAHAMONDE MAGRO, A., CERVERA GIL, J.: *Así terminó la...*, p. 207.

³ (Qué hombre, es un hombre de Estado). AHN/Pascua: leg. 2, n.º 19.3. AFJN, 97 (Carpeta Final Guerra): n.º 51A y B.

Zugazagoitia escribió el 15 de enero a Pascua en tono pesimista. La ofensiva rebelde seguía progresando a velocidades terribles, utilizando mucho material, mientras que a ellos no les llegaba. Le preocupaba la llamada a filas de los varones de 40 años, padres de familia. Las ofensivas de Extremadura, Peñarroya y Madrid habían sido un fracaso y no aflojaban la presión sobre Cataluña. Él estaba esperando su nuevo destino, la Embajada en México, que al final había aceptado, para la que debía partir en febrero, pero si todo continuaba tan mal, prefería quedarse donde estaba⁴. No conocía el país, pero había escrito mucho sobre política mexicana en *El Socialista*⁵.

Ese mismo día Pascua envió un telegrama a todos los cónsules en Francia, Argelia y Marruecos, en el que les informaba que los soldados luchaban con moral y heroísmo, y el derroche alemán e italiano, multiplicado desde los hechos de Munich «en cantidades cuantiosas», no provocaba pánico ni rompía el frente. No había lugar para el pesimismo. Advertía que el menor síntoma de desmayo o de falta de celo llevaría consigo la destitución telegráfica del funcionario⁶.

El embajador se reunió el 16 de enero con los ministros Reynaud y Mandel, que mostraban una buena disposición hacia la República y entendían las repercusiones que el problema español iba a ocasionar a la seguridad francesa. Les solicitó ayuda en armamento y les entregó documentación sobre la intervención italiana en España. Ambos ministros volverían a presionar a Daladier, que pecaba de indecisión. En cambio, no se podía contar con Bonnet, que era proitaliano⁷.

Pascua se entrevistó con Léger el 19 de enero. Chamberlain y Halifax, que pasaron por París camino de Roma, recibieron el memorándum que había presentado el embajador español sobre la intervención italiana en España. Manifestaron desconocerlo, a pesar de que Azcárate les había entregado uno semejante en Londres. Léger veía posibilidades de ayudar a la República si se actuaba con discreción, y recomendaba una denuncia enérgica de cómo se hacía la política de No Intervención, lo que crearía un ambiente más favorable para los intereses republicanos⁸.

⁴ AHN/Pascua: leg. 2, n.º 16.

⁵ MATEOS, A.: «Los republicanos españoles en el México cardenista», *Ayer*, 47 (2002), p. 112.

⁶ AHN/Pascua: leg. 2, n.º 14.3.

⁷ AFJN, 97 (Carpeta Final Guerra): n.º 38A-C.

⁸ AFJN, 97 (Carpeta Final Guerra): n.º 49A-C.

Ese mismo día Zugazagoitia animaba a Pascua: «Aquí estamos todos pendientes de lo que Vd. pueda hacer ahí. Mejor dicho de la resolución que adopte ese país». No le pedía que multiplicase sus esfuerzos porque sabía que ya lo estaba haciendo. Había pedido a Negrín, a quien prometió estar a su lado hasta última hora, la autorización para aplazar su marcha a México mientras la situación no mejorase, pero el presidente le exigía que viajase ya. De todos modos tenía que esperar a la próxima sesión de las Cortes, y ya se vería lo que iba a suceder mientras tanto. El 22 de enero ya le informaba de que los rebeldes avanzaban muy deprisa e iban a rodear Barcelona. No sabía si habría resistencia. Creía que no, porque los soldados disponían de poco material y estaban cansados y desmoralizados. Muchos querían que acabase todo ya de una vez. Negrín aguantaba el tipo, no sabía si se confiaba a los más íntimos, pero por lo menos no lo hacía con Rafael Méndez. Había perdido la confianza en que Francia reaccionara con energía y ayudara a la República y tampoco creía que fuese a entrar nuevo material en España. No se quitaban a la aviación rebelde de encima. Iban evacuando los archivos y oficinas; pronto se daría la orden de marcha, empezando por el Gobierno⁹.

El 23 de enero Pascua avisaba a Álvarez del Vayo de la vista inminente en los tribunales por el pleito del depósito del oro español en Francia. Urgía desarrollar un trabajo subterráneo, buscar influencias y hablar con Nicolau d'Olwer director del Banco de España para adoptar tácticas, las cuales no debieron tener éxito ya que la resolución fue desfavorable para los intereses del Gobierno republicano¹⁰.

Zugazagoitia informó a Pascua el 25 de enero de que se acababan de instalar en el Castillo de Figueras, y todos sus amigos estaban bien. Le mandaba recuerdos de su hermano Estanis, de Méndez y Cruz Salido. No necesitaba informarle de nada, ya tendrían tiempo para hablar en el futuro.

No sé qué nos está reservado todavía, pero todas las esperanzas están puestas en su trabajo. Temo a las eternas condicionales y, desde luego, no me hago la menor ilusión. Esto parece fallado y para sentencia. A menos, naturalmente, que aún le den a Vd lo que Vd pida, cosa bastante poco probable.

⁹ AHN/Pascua: leg. 2, n.º 16.

¹⁰ AHN/Pascua: leg. 9, n.º 4.

El 29 de enero Zugazagoitia continuaba mostrando su desesperanza. Se había puesto a disposición de Negrín —«su colega», «ese amigo suyo»—, para lo que considerase necesario. Creía que el presidente, que se quejaba de su soledad, regresaría a «la villa del oso y el madroño [...] En su derredor, el pensamiento es uno: acercarse a Vd [a Francia]»¹¹.

Al día siguiente *La Vanguardia*, todavía no *Española* pero ya franquista, revelaba que el embajador Pascua refirió a sus colaboradores el contenido de una entrevista entre Álvarez del Vayo y Bonnet, de la que fue testigo el 23 de enero, en la que el ministro español pedía la intervención francesa en Cataluña, ya que si no, la República podía darse por perdida. La prensa rebelde publicaba informaciones filtradas por espías que tenía dentro de la embajada parisina. Álvarez del Vayo se entrevistó con Thorez y Blum y echó la culpa de todo a Daladier y Bonnet¹².

En un texto mecanografiado sin fechar ni firmar, Pascua reflexionaba sobre el momento que se vivía a finales de enero. Francia ponía ahora todas las facilidades para el paso de material por la frontera, de uno y otro tipo. Había entrado mucha harina y también podían hacerlo otras materias. Él suponía y había transmitido a sus interlocutores que Barcelona resistiría y se defendería, pero la caída o, mejor dicho, abandono de la ciudad, tras el desánimo de nuestras tropas y el desorden final, causó un profundo pesimismo en París. No habría intervención directa, primaban los intereses del eje franco-británico por el riesgo de conflicto internacional y el deseo de no arriesgar las vidas de sus compatriotas. El Gobierno inglés creía que Mussolini no tenía ambiciones territoriales, pero se temía que la rápida caída de Barcelona podía incitar a los italianos a presentar reivindicaciones sobre Marruecos y Menorca y agudizar la tensión con Francia. Había «grandísima» propaganda en la prensa italiana y alemana a favor de los rebeldes. Recibía visitas de muchos «gestionantes», que perturbaban en extremo. «El juicio afecta también a Ministros que no están en dedos y arman barullos innecesarios»¹³.

Pascua describe así al Negrín de aquellos fatídicos días:

Pero todo tiene su límite. Y agobiado a diario, no obstante la solidez y fortaleza fundamental del organismo de Negrín, en lucha contra tantos, y crecientes impedimen-

¹¹ AHN/Pascua: leg. 2, n.º 16.

¹² «Las maquinaciones de los rojos en Francia», *La Vanguardia*, 30 de enero de 1939, p. 7.

¹³ AHN/Pascua: leg. 2, n.º 16.

tos de sentido negativo, viviendo además muy aislado, íbanle allá por finales del 1938, sobre todo después de la pérdida, o abandono, de Barcelona, y de la retirada de Cataluña a comienzos del 1939, ajándole y dañándole físicamente, rebajando su espíritu de suyo optimista, aunque no ciego. El descaecimiento progresivo de su fibra, de su lucidez y psiquismo era manifiesto para los que le frecuentaban por enero del 39 y más fácil de apreciar comparativamente para mí por verle solamente a intervalos más o menos largos. Al círculo de sus inmediatos auxiliares les pasmaba contemplar cómo podía tenerse aún en pie y prolongar su resolución en medio de aquel desolador panorama al frente de empresa tan descomunal y ya imprometedora. Bien explicable, pues, que en estos periodos diera algunos resbalones (¿y quién no los habría dado en su caso?)¹⁴.

Las locuras de febrero

El 1 de febrero Zugazagoitia recapitulaba en Figueras sobre la apresurada retirada de Barcelona de los organismos gubernamentales, cuyos funcionarios abandonaron mucha documentación en la ciudad. Él esperó a marchar por la mañana siguiente y se lo llevó todo ordenadamente.

La situación aquí no ha cambiado sensiblemente, aún cuando haya una apariencia de más orden [...] Lo que de no haber variado, a estas fechas, nos habríamos comido vivos los unos a los otros, de tal magnitud fue el desorden que se produjo [...] La salida de Barcelona fue un modelo de imprevisión y barullo [...] La ola de pánico ha bajado mucho, pero aún así, si se pudiese cachear la cabeza de estas personas, sólo se encontraría una idea: la de la frontera.

Se sentía orgulloso de su anterior conducta en Madrid y de nuevo en Cataluña; si hubiera marchado a México se habría muerto de vergüenza. Negrín sólo pensaba en resistir y en los camaradas de la zona Centro-Sur, en el abandono en el que iban a quedar tras la pérdida de Cataluña. Los de aquí tenían la frontera, pero a los de la otra zona solo les quedaba el mar. Zugazagoitia le decía a Pascua: «El único camino de salvación posible: la gestión diplomática encomendada a Vds. previa declaración de nuestra renuncia a seguir luchando». Varios ministros pensaban como él¹⁵.

Ese mismo día se produjo en Figueras la última de las siete reuniones de las Cortes que se celebraron en territorio español durante la guerra civil.

¹⁴ AHN/Pascua: leg. 1, n.º 12.

¹⁵ AHN/Pascua: leg. 2, n.º 16.

Marcelino Pascua las enumeró, con algunos errores, en los apuntes que escribió a mano años más tarde. Se lamentaba de que Largo Caballero y Araquistáin faltaron a las reuniones celebradas bajo los Gobiernos de Negrín, y Julián Besteiro a todas. Les reprochaba sus ausencias, ya que podían haber expresado sus opiniones divergentes con las del Gobierno.¹⁶ En la reunión de Figueras se aprobaron los llamados «tres puntos de Negrín» para aceptar el fin de las hostilidades: la independencia nacional, la libre elección de régimen político y el cese de persecuciones y represalias.

El 3 de febrero Pascua urgió a Méndez Aspe, que se encontraba en Figueras, para que le diese indicaciones precisas sobre el dinero que estaba depositado a su nombre en el BCEN y que en el caso de «ciertas coyunturas político-diplomáticas» podía ser intervenido por los franceses. Le sugería transferirlo a la oficina central de ese banco en Moscú. Sólo cabía esa posibilidad o la de ponerlo en manos privadas, que fue la opción elegida. El ministro, a indicación de Negrín, le ordenó el 9 de febrero que lo traspasara a la cuenta de Pedro Pra¹⁷.

Álvarez del Vayo pidió a Pascua el 6 de febrero que tratara de conseguir que el material de guerra evacuado de Cataluña pudiera ser llevado a la zona Centro-Sur y que se recibiera en ésta el material militar soviético y los suministros de alimentos, lo que no se pudo lograr¹⁸.

A finales de 1938, pocos días antes de la ofensiva franquista sobre Cataluña, Negrín adoptó medidas de previsión financiera y de otro tipo en caso de derrota. Primero envió a la Embajada de París archivos oficiales y personales, de valor político, militar y diplomático, que encomendó a la gestión de Zugazagoitia, José M.^a García Valdecasas y *Feli*. Por entonces escribió una carta confidencial a Pascua, ordenándole emprender en secreto y con cautela una serie de tareas: preparar sitios de garantía y a reserva de un embargo para guardar objetos del Estado, ponerse de acuerdo para ello con Pedro Pra y gestionar el tránsito para embarcar ciertas cajas. El 6 de febrero, tras despedir a Azaña en la frontera, concertó con los franceses el paso con franquicia de varios camiones que contenían el futuro cargamento del *Vita*. En Port-Vendres colocaron la mercancía en dos vagones cerrados y precintados —bienes, fondos y valores de la Caja de Reparaciones y otros—, que trasladaron vía París a Rouen, con la idea de que sirvieran de ayuda a la emigración masiva que iría a México. El día 26 de febre-

¹⁶ AHN/Pascua: leg. 1, n.º 2.

¹⁷ AHN/Pascua: leg. 2, n.º 17.2. VIÑAS, A.: *El oro de Moscú: Alfa y Omega...*, p. 431.

¹⁸ VIÑAS, A.: *El honor de la República...*, p. 506.

ro, ante la inminencia del reconocimiento del Gobierno de Burgos por los franceses, se introdujo el cargamento en el *Vita*, yate adquirido para esta misión, que estaba fondeado en el puerto de Le Havre. Esa misma noche partió rumbo a México al mando del teniente coronel de carabineros Enrique Puente¹⁹.

El 21 de febrero Méndez Aspe le pidió a Pascua que informara a Negrín del acuerdo de venta a los soviéticos de cuatro de los barcos que se encontraban amarrados en puertos del Mar Negro. Tanto el presidente del Gobierno como el de la República aceptaron el acuerdo²⁰.

Pascua manifestó a Negrín su preocupación porque en aquellos días de febrero residían en París y alrededores 43 diputados de las Cortes, aparte de muchos de los altos cargos de la República, lo que restaba credibilidad al Gobierno en la esfera internacional. A instancia del presidente de las Cortes, entregó a la policía francesa la lista de estas personas para evitar que fueran molestadas²¹.

En unos apuntes escritos a mano en el exilio, don Marcelino denominaba a los diputados ausentes de España durante la guerra civil la «minoría ultrapirenaica» y en otro apartado señalaba: «Frecuentísimas visitas, sin objetivo ni sentido, de ministros y demás a París». También se advierte un tono crítico en otro apunte: «Casas de Ministros en Caldetas con el Cuerpo diplomático», refiriéndose a que gozaban del privilegio de alojarse en esta población del Maresme, a salvo de bombardeos y de otras inconveniencias que padecían los residentes en Barcelona²².

Azaña en la Embajada de París

Nadie es más sensible que yo al incumplimiento de las obligaciones.

Manuel Azaña, Madrid, 13-10-1937²³

Ante la publicación de una biografía novelada de Azaña, escrita por Carlos Rojas, con la que obtuvo el Premio Planeta de 1973, en la que Pascua no salía muy bien parado, este, indignado «ante los embustes y tergiversaciones sobre

¹⁹ AFJN, 180 (Carpeta B): n.º 0306. MORADIELLOS, E.: «El doctor Negrín y las cuentas financieras del exilio republicano», *Historia del Presente*, 10 (2007/2), p. 116.

²⁰ AHN/Pascua: leg. 4, n.º 1.1b. AFJN, 66: 94A y B.

²¹ AFJN, 57 (Carpeta Telegramas): n.º 96C.

²² AHN/Pascua: leg. 1, n.º 2.

²³ AHN/Pascua: leg. 1, n.º 9.

la actuación de algunas personas, entre ellas la mía», redactó un artículo que envió a Pedro Altares en marzo de 1974 para ser publicado en *Cuadernos para el Diálogo*. Esta vez el director rechazó la propuesta porque era un mal momento y precisaría de notas aclaratorias que no estaba en condiciones de preparar. El texto elaborado por don Marcelino, que se conserva en el AHN, explica de manera pormenorizada la estancia del presidente de la República en la embajada parisina²⁴.

Carlos Rojas dedica un capítulo de su novela a la estancia del presidente en la sede parisina, con muchos párrafos tomados con escasas modificaciones de las *Memorias* de Azaña y, en consonancia con su biografiado, muestra poca simpatía hacia el embajador, en un texto que está plagado de datos erróneos sobre él. No deja de tener su gracia la narración de la resistencia que ofreció don Marcelino a que lo separaran del *Barbitas* en un viaje en tren, dejando de paso una pulla contra la diplomacia republicana:

En un viaje se lo trajo y armó inenarrable marimorena en el expreso, cuando el revisor quiso llevárselo de su compartimiento pese a ser Pascua embajador. A voces, salióse éste con la suya, y acaso sea su gesta nuestra mejor victoria diplomática republicana²⁵.

El 7 de febrero de 1939, hacia las 15 horas, Pascua recibió una llamada telefónica de Rivas Cherif, diciéndole que como él ya sabía, el Sr. presidente de la República llegaría al día siguiente a París. El embajador se mostró sorprendido y le confesó que nadie se lo había advertido, preguntándole por el motivo de la visita. Rivas cortó la comunicación y al cabo de unos 20 minutos llamó personalmente don Manuel Azaña para anunciarle que el Gobierno había decidido su permanencia en la embajada y que se lo tenían que haber comunicado los ministros Del Vayo y Giral. Pascua le respondió que se acababa de enterar por el introductor de embajadores:

De haberme consultado el gobierno sobre esta idea y propósito le hubiera manifestado mi opinión totalmente contraria, por parecerme ella muy desacertada y lesiva en las actuales circunstancias de España y asimismo en las de aquí, políticas y diplomáticas, que más inmediatamente me conciernen, y que puedo apreciar.

²⁴ AHN/Pascua: leg. 1, n.º 9.

²⁵ ROJAS, C.: *Azaña*, Barcelona, Planeta, 1973, pp. 94-104.

El presidente le informó que llegaría el día siguiente a las nueve de la mañana en el tren de Ginebra y le ordenó que buscara a Álvarez del Vayo y Giral. Éste último le acompañaría como ministro en la embajada. A las cuatro de la tarde se presentó Giral para explicarle la decisión del Gobierno de que se trasladara el presidente a la sede diplomática, que gozaba del privilegio de extraterritorialidad. Debían alojarse allí, el presidente —su esposa se quedó en su residencia de Collonges-sous-Salève, a donde se habían dirigido previamente tras cruzar la frontera española—, Rivas Cherif, el general Hernández Saravia, el teniente coronel Parra, y su ayuda de cámara.

Como tenía en alta consideración a Giral, Pascua le confesó, «sin ambages, la gran molestia y vivo disgusto» que le producía la idea de que Rivas Cherif residiera en la embajada al mismo tiempo que el presidente, «justificándole la prevención y hasta repelencia que abrigaba respecto a él», de quien no tenía buen concepto. Temía que intentara convertir su estancia «en teatro de intrigas, enredos e indiscreciones a lo que era tan dado». Tenía en aquellos momentos:

[...] demasiado y complejo trabajo y muy graves preocupaciones de toda índole, incluyendo las derivadas de estada del Presidente en la Embajada, llegado a ella sin preparación alguna y en muy intempestiva coyuntura política.

No era cuestión de aumentarlas con los «fastidios y enojos» que le causaría la presencia de Rivas Cherif. Añadía, que imposibilitado como estaba el presidente de:

[...] poder ejercer ninguna actividad política, e incluso social, mientras estuviera en Francia de estranjis, por así decir, no acertaba a ver qué pito ni flauta tocaba aquí el introductor de embajadores.

Giral no mostró ninguna discrepancia, aunque le hizo varias observaciones:

[...] me dijo en tono muy serio que en gracia a nuestra sincera amistad se permitía darme un consejo: el de que evitara en todo lo posible chocar y regañar con el Sr. Rivas Cherif pues los obstáculos y conflictos que con él surgían ponían a su cuñado el Presidente fuera de sí y hasta perdía el sentido de ponderación y ecuanimidad.

Le aconsejaba que utilizara la excusa de la escasez de habitaciones en la embajada para esquivar su alojamiento, y así lo hizo Pascua al día siguiente, por lo que Rivas se tuvo que buscar acomodo en un hotel.

Una vez instalado en la embajada, el presidente llevó un ritmo de vida sencillo, haciendo todos los días pequeño turismo por los alrededores de la ciudad, acompañado de Cipriano y de algún otro miembro de la comitiva, utilizando para ello el mejor coche de la casa, que Pascua le puso a su completa voluntad. Al caer la tarde, se reunía en el *salón de los Goyas* con su séquito, el Sr. Giral y otros acompañantes.

El embajador no participaba en estas tertulias, en parte por su relación personal con el presidente, «tirante y rígida, de modo natural, sin forzar nada», consecuencia de la desconfianza y recelo que le inspiraba desde hacía no poco tiempo por múltiples razones:

[...] la equívoca y tergiversadora conducta que siguió durante toda la guerra civil, incorporada a la responsabilidad capital que le atribuía en su desencadenamiento, tanto por su ineptitud e ineficacia gubernamentales como por la obcecación, obnubilamiento e inacción de que diera muestras en su periodo inmediatamente precedente, aspectos bastante concatenados en mi opinión como efecto y causa.

También censuraba algunas conductas de la época en que Azaña regía la cartera de Guerra y «hechos de nociva incoherencia» tras los sucesos de agosto de 1932 que le hicieron conocer oficiales de aviación republicanos, o la misión de Besteiro en Londres, así como las penosas circunstancias de su venida a París. Su hostilidad se reforzó al ver su permanencia en la embajada innecesaria y cómo se resistía a reintegrarse al territorio nacional, a pesar de los requerimientos del Gobierno, que Pascua «escrupulosa y prontamente le transmitía». Y para remate de este panorama, el fondo amargo del «alevoso comportamiento que tácitamente exhibía» hacía los políticos republicanos en su *Diario* personal, que había revelado en parte el *ABC* de Sevilla a través de los cuadernos robados a su cuñado en Ginebra, de los que se esperaba que en cualquier momento fueran publicados en su totalidad.

Las relaciones personales dentro del ineludible trato diario, fueron, sin embargo corteses y correctas, mantenidas deliberadamente a distancia por el embajador,

[...] eludiendo con cuidado darle trance alguno para que pudiera surgir la más mínima familiaridad o llaneza, táctica que a él no se le escaparía. Algo más tiesas quedaron luego tras mi retirada del refectorio un día, después de dar la adecuada réplica, cuando casi al final de una comida el Sr. Rivas Cherif se permitiera, en usanza chabacana de vulgar contertulio de café, una observación un tanto molesta en torno a la actua-

ción del embajador en Londres mi gran amigo D. Pablo de Azcárate, sin que el Presidente interviniera para nada en el incidente.

Los conceptos expresados por su cuñado se los debía haber oído a él de manera reservada. Este conflicto le dio pie al embajador, alegando su intenso e irregular trabajo requerido por las numerosas visitas de gestión a las autoridades francesas que le imponía la situación de los emigrados de Cataluña, se excusara casi todos los días de «asistir a colación con ellos»²⁶.

Julián Zugazagoitia también se refiere a este clima dentro de la embajada, donde se crearon tensiones de Azaña y su séquito con el personal subalterno, algunos de cuyos miembros tenían hijos combatiendo en la zona Centro-Sur de España y recriminaban a los huéspedes su ociosidad y cobardía. Al final se plantaron y se negaron a servirles. Pascua, que también se sentía incómodo ante la situación, tuvo que intervenir con toda su energía y consiguió imponerse, pero no redujo la irritación de los empleados. Tras el incidente en la mesa con Rivas Cherif, el embajador se disculpó frecuentemente con los más variados pretextos para no compartir la compañía de los huéspedes. Zugazagoitia concluye:

La pretensión de los temas, en contraste con la conducta, hizo que Pascua, de formación matemática, no pudiese sufrir la frivolidad filosófica de sus huéspedes, a quienes entregó la casa, pero no su paciencia²⁷.

Comenzó, sin que transcurriera larga demora, interrumpiendo esta especie de dulce far niente del Sr. Azaña, el forcejeo, a todas luces presumible, respecto a las demandas de que regresara a España.

Marcelino Pascua reprodujo en este texto el contenido de los telegramas cifrados que se cursaron aquellos días, que hasta entonces habían permanecido inéditos. Él fue un testigo privilegiado en calidad de emisor y receptor de los mismos.

El 13 de febrero llegó un telegrama de Álvarez del Vayo dirigido al embajador en el que le comunicaba la resolución del Consejo de Ministros para que informase al presidente de la República de la necesidad de su presencia en territorio nacional. Y que también se lo comunicara, como ruego personal, al presidente del Parlamento.

²⁶ AHN/Pascua: leg. 1, n.º 9.

²⁷ ZUGAZAGOITIA, J.: *Guerra y vicisitudes...*, pp. 550-551.

Al día siguiente, Azaña convocó en la embajada al presidente de Las Cortes y a algún antiguo ministro residente en París. Ese mismo día llegó a la ciudad el ministro de Estado para gestionar, en nombre del Gobierno, el regreso urgente del presidente de la República a la zona Centro-Sur.

El día 15, Álvarez del Vayo notificaba a Negrín el resultado negativo de la reunión con Azaña. También había consultado con los embajadores en Londres y París, que eran de la misma opinión respecto a la reincorporación del presidente del Gobierno al territorio nacional. Éste se limitó a escuchar al ministro de Estado, comunicándole que al cabo de unas horas le enviaría una respuesta al presidente del Gobierno. Del Vayo había insistido en la ineficacia en el orden internacional y en el funcionamiento normal del Gobierno que causaba su ausencia del territorio español.

Un día más tarde, el 16, el Sr. Azaña le entregó a Pascua un texto dirigido al presidente del Consejo de Ministros, que transmitió inmediatamente a Madrid. Le exponía que antes de decidir, sería necesario que Negrín le explicase «las razones nuevas que aconsejan modificar lo convenido antes de salir de España» y después resolvería sobre el fondo del asunto. Lo mismo opinaba el presidente de Las Cortes.

Negrín le contestó el día 18 explicándole que el Gobierno siempre pensó que al abandonar la zona catalana, el jefe del Estado debía residir en territorio leal, y así se lo comunicó en La Vajol la noche antes de su partida. Ante su rotunda negativa, en presencia de Martínez Barrio, Negrín decidió hacer público que el Gobierno acordaba trasladar la residencia del presidente de la República a la zona Centro-Sur y que mientras se señalaba el momento oportuno, permanecería en la Embajada de París. El Gobierno reiteraba que el jefe del Estado debía encontrarse en territorio nacional, ya que sus disposiciones no podían aparecer firmadas, como estaba sucediendo, en París, lo que daba una sensación de abandono del país. En el orden internacional no podían ocultarse los peligros de su presencia en el extranjero, por el riesgo de que su estancia en Francia se declarase indeseable, el desprestigio de su cargo y la «debilitación» de la autoridad del Gobierno por creerse que éste no existía. Existía el peligro del reconocimiento de Franco por ciertos países a causa de esta ausencia. Azaña no respondió y el embajador notificó al jefe del Gobierno

que había transmitido su telegrama al jefe del Estado, el cual continuaba en silencio²⁸.

El día 19, en una carta enviada desde Toulouse, Álvarez del Vayo le refería a Negrín la complicada situación que se había creado con la presencia de Azaña en la embajada, que era la comidilla de todo París e incluso tenía repercusión en la prensa internacional, con los periodistas sitiando la sede diplomática y recogiendo filtraciones desde el séquito del presidente de la República, que inflaban «este gran folletín parisién» basado en la resistencia de un presidente que se niega a reintegrarse a su sitio y el duelo Azaña-Del Vayo. En las embajadas y en los pasillos de la Cámara francesa no se hablaba de otra cosa. El emisario Bérard estaba a punto de regresar de Burgos y se iba a reunir el Consejo de Ministros francés. Advertía diariamente al presidente de la República sobre la atmósfera irrespirable que se estaba creando y el inmenso daño que provocaba a la causa de España. En cambio, su regreso habría dificultado las maniobras de reconocimiento inmediato de Franco. El presidente podría incluso volver a marchar al extranjero al cabo de 15 días pretextando una enfermedad. Él se agarraba como a un clavo ardiendo al acuerdo de La Vajol, de no volver a la zona central, pero que había tenido lugar en unas circunstancias muy diferentes a las actuales. Insistía en el argumento de que su misión era hacer la paz sobre una base humanitaria y no sobre pretensiones políticas. Se quejaba de que no se le dejaba jugar su gran influencia en los medios franceses, sin darse cuenta de que su prestigio personal estaba por los suelos²⁹.

El día 21 Álvarez del Vayo volvió escribir a Negrín desde París rogándole que dirigiera un nuevo llamamiento al presidente de la República y le volviera a pedir su regreso a territorio nacional dado el agravamiento de la situación internacional, con el inevitable reconocimiento de los rebeldes por Francia e Inglaterra que iba a tener lugar en los próximos días. Pascua también escribió a Negrín el día 22, temiendo el próximo reconocimiento de Franco, aunque él estaba moviendo en contra todas las clavijas que podía, pero no era optimista. Habría un debate en la Cámara de Diputados francesa y previamente una protesta de los diputados del grupo franco-español. El presidente de la República seguía sin contestar y Pascua consideraba que su estancia en la embajada era nociva.

²⁸ AHN/Pascua: leg. 1, n.º 9.

²⁹ AFJN, Carpeta 66: n.º 96A-F.

Mientras tanto Azaña no permanecía ocioso y se entrevistó con el ministro de Hacienda Méndez Aspe para solicitarle una ayuda económica para atender sus gastos en la embajada, puesto que no quería vivir a expensas del embajador. El ministro le entregó 150.000 francos, equivalentes a 5.000 dólares, y se lo comunicó posteriormente al embajador, aunque éste, por discreción, nunca afrontó el tema con el Sr. Azaña, quien tampoco hizo ningún comentario al respecto. Y como el Gobierno no había previsto ninguna partida para sufragar los gastos del presidente de la República, todos los dispendios corrieron a cargo de la embajada, sin que Marcelino Pascua viera ni un céntimo de lo entregado al presidente por el ministro de Hacienda.

El jefe del Estado contestó al presidente del Gobierno el 25 de febrero, rebatiendo sus afirmaciones. Era contrario a la impresión de que su presencia en París imposibilitara la gestión del Gobierno para la pacificación. El 28 de enero anterior había oído el dictamen del general Rojo en el castillo de Perelada³⁰ sobre la imposibilidad de ganar la guerra y aconsejó al presidente del Gobierno que se iniciara una rápida negociación con Francia e Inglaterra para lograr un rápido armisticio y unas condiciones de paz humanitarias. El 30 de enero Negrín le informó delante del presidente de las Cortes que no podía proponerlo al Gobierno por temor a disturbios y aceptó las condiciones de la marcha de Azaña del territorio español, inspiradas en su propósito de favorecer las gestiones de paz en París. Hasta el 15 de febrero, el ministro de Estado no dio instrucciones al embajador en Londres para sugerir al Gobierno británico una propuesta de paz sobre el único punto de que no hubieran represalias. El día 17, Álvarez del Vayo trasladó a Negrín una proposición de Halifax sobre un armisticio previo a la ejecución de las demás garantías. Azaña recalca que el presidente del Gobierno contestó el día 19 insistiendo en la decisión de resistencia, sin aludir a la sugerencia de Halifax. Ese mismo día, él mismo envió un telegrama instando al Gobierno para que la aceptase con urgencia. Solamente el día 24, el ministro de Estado le leyó un despacho de Negrín admitiendo finalmente la propuesta británica. Estas dilaciones no dependieron de la presencia de Azaña en París, que lejos de ser un estorbo, había servido de estímulo y cooperación en la única política de paz posible. El día anterior se había enterado de la extrañeza de los medios oficiales franceses ante la falta de respuesta del Álvarez del Vayo a las indicaciones que le hizo Bonnet en su conversación del día 18, retraso tampoco motivado por Azaña,

³⁰ JULIÁ, S.: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Punto de Lectura, 2010, p. 444.